

# Dios Padre-Madre.

## Religiones, judaísmo, mensaje de Jesús

---

*XABIER PIKAZA\**

Como indican título y subtítulo, quiero evocar algunos rasgos de la figura paterno-materna de Dios, desde el entorno religioso antiguo (que sigue siendo muy moderno, pues se encuentra de moda el paganismo), en el contexto judío del tiempo de Jesús (Filón de Alejandría) y desde su propia experiencia de evangelio. Por economía de espacio y opción metodológica, dejo a un lado temas tan importantes como el mensaje de los profetas del amor (Oseas, Jeremías, Isaías) y la confesión pascual de la Iglesia, que estarán, sin embargo, en el fondo de todo lo que sigue. Pero los aspectos escogidos y tratados resultan suficientes para interpretar el mensaje cristiano en el trasfondo de una experiencia masculino-femenina, en clave liberadora. Al final del recorrido, podremos observar que lo que importa no es el nombre en sí (padre o madre), ni tampoco el género en cuanto tal (masculino o femenino), sino proyecto y camino de amor, abierto de un modo especial a los niños y excluidos de la sociedad, en un tiempo como el nuestro, que a veces parece carente de padre y de madre.

---

\* Facultad de Teología. Universidad Pontificia de Salamanca.

## I. DIOS PADRE-MADRE, UN PROBLEMA SOCIAL Y RELIGIOSO

### 1. Introducción. Jesús y el símbolo padre

Asumiendo una experiencia de muchos pueblos y recorriendo en especial el camino israelita, a partir de la vida y pascua de Jesús, los cristianos afirman que Dios es *Padre* de Nuestro Señor Jesucristo, a quien ha resucitado de los muertos, y añaden que, a través de él, ese mismo Dios es Padre de todos los humanos<sup>1</sup>. Parece normal que lo hagan, pues Dios es creador y principio de todo, y en ese sentido recibe el nombre y tarea de «padre». Pero, de un tiempo a esta parte, se vienen elevando voces y razones que nos piden ser más cuidadosos cuando utilicemos ese signo. Se viene extendiendo la sospecha contra un padre entendido en forma patriarcalista. Se dice, además, que la figura del padre se encuentra vinculada con un tipo de imposición social y carencia de libertad:

- *Razón coyuntural*. El símbolo *padre* ha perdido importancia o resulta negativo: en ciertos grupos ha llegado a difuminarse de tal forma que muchos niños sólo conocen y respetan de verdad a la madre, pues el padre en cuanto tal no vive habitualmente en casa o no ejerce función afectiva, educadora. Por otra parte, el padre es un signo de poder, una expresión de dictadura que debemos superar.
- *Razón cultural*. La vieja sociedad jerarquizada (fundada en la ley/ poder del padre), ha cumplido su función; ya no hay un padre superior que dicte lo que somos. Además, las funciones del padre y la madre han tendido a vincularse, sin que una se pueda elevar sobre

---

<sup>1</sup> Sobre el Nombre y los nombres de Dios en Israel: A. Chouraqui, *Moisés*, Herder, Barcelona 1997; T. N. D. Mettinger, *Buscando a Dios. Significado y mensaje de los nombres divinos en la Biblia*, Almendro, Córdoba 1994. Cfr. E. Castelli (ed.), *L'analyse du langage théologique. Le nom de Dieu*, Aubier, París 1969.

la otra. En esas condiciones ¿puede hablarse de Dios sólo como Padre? ¿por qué no llamarle sólo madre o padre/madre? ¿por qué no prescindir de esa imagen y presentar a Dios en términos *in o supra* personales, como infinito de ser u hondura y sentido de la vida?

- *Razón feminista.* Al llamar a Dios padre, hacemos una opción injusta en favor del sexo masculino. Dejamos a la madre en un segundo plano, nos olvidamos de ella al entrar en el misterio. Son muchos los que piensan que la invocación paterna de Dios es un residuo de antiguas concepciones patriarcalistas, que han servido para someter a las mujeres. ¿No será mejor cambiar de nombre y hablar de un Dios que sea Padre-Madre o hermano universal, amigo, más que Padre superior de los humanos?<sup>2</sup>.

Este trabajo no ha querido responder de manera general a estas razones y problemas, sino ayudar a plantearlos, desde una perspectiva cristiana. Ciertamente, Jesús ha sido un genio religioso: ha renovado la experiencia humana y ha ofrecido a sus seguidores nuevos caminos religiosos. Pero él no ha sido el creador de la idea de Dios, ni ha forjado el símbolo «padre» partiendo de la nada.

---

<sup>2</sup> He desarrollado el tema en *Hombre y mujer en las religiones*, EVD, Estella 1996. También lo he tratado en *Dios judío, Dios cristiano. El Dios de la Biblia*, Verbo Divino, Estella 1996 y *Para descubrir el camino del Padre. Nueve itinerarios para el encuentro con Dios*, Verbo Divino, Estella 1998; *Dios como Espíritu y persona. Razón humana y misterio trinidad*, Sec. Trinitario, Salamanca 1989; *Trinidad y comunidad humana*, Sec. Trinitario, Salamanca 1990. Ofrezco juicio bibliográfico valorativo, en clave teológica, en *Bibliografía trinitaria del NT*, en VV.AA., *Bibliografía Trinitaria*, Sec. Trinitario, Salamanca 1991. Para información más amplia cfr. VV.AA., «La mujer en la Biblia»: *Reseña Bíblica*, 14 (1997) pp. 1-70; Boletines de la Asociación de Teólogas Españolas, Madrid 1997; I. Gómez-Acebo (ed.), Colección «Teología en Clave de Mujer», DDB, Bilbao 1997. Cfr. además: M. Daly, *Beyond God the Father. Toward a philosophy of woman's liberation*, Boston 1973; M. Gómez-Acebo, *Dios también es madre*, Paulinas, Madrid 1994; R. Hamerton-Kelly, *Theology and Patriarchy in the Teaching of Jesus*, Fortress, Philadelphia 1979; E. Neumann, *La Grande Madre*, Astrolabio, Roma 1981, pp. 151-180; W. Miller, *Biblical Faith and Fathering. Why we call God «Father»*, Paulist, New York 1990; M. Navarro, *Barro y aliento. Exégesis y antropología teológica de Gen 2-3*, Paulinas, Madrid 1990; G. Schrenk, *Pater*, TWNT V, pp. 951y ss.

- *Jesús ha sido un oriental, heredero de la tradición religiosa sirio-palestina.* Él ha vivido en el lugar donde confluyen algunas de las corrientes culturales más hondas de la historia, en el *Oriente mediterráneo*, enriquecido por influjos mesopotámicos y persas, egipcios y helenistas. Por eso, debemos situar su figura en el contexto de las grandes religiones antiguas de la humanidad.
- *Ha sido un israelita.* Ha nacido y crecido en el interior del pueblo de la alianza, alimentándose de sus tradiciones religiosas, recogidas en el Libro de la Ley y los Profetas. Sólo en ese fondo se entiende su vida y mensaje. Lógicamente, la visión bíblica de Dios forma parte de la estructura religiosa de Jesús, que no debió esforzarse por ser israelita, pues lo ha sido.
- *Jesús ha sido judío especial,* que ha iniciado un movimiento mesiánico en los primeros años de nuestra era. Su vida y mensaje ha de entenderse en un momento en que grandes tradiciones de Israel (Templo, Ley) habían entrado en crisis, como necesitando nuevas perspectivas y experiencias humanas. En ese contexto se mueve su vida y mensaje.

En algún sentido podemos afirmar que Jesús era el más judío de todos los judíos: ha tomado absolutamente en serio el camino de la Ley y de la Profecía israelita para culminarlo. Sin embargo, él ha invocado a Dios como Abba, Padre, de un modo tan especial que las autoridades legales del judaísmo de su tiempo le han rechazado y condenado. Es lógico que, en ese contexto, queramos evocar el sentido del símbolo padre, vinculándolo al de madre. En principio, el símbolo *madre* suele aplicarse de manera preferente a la persona que engendra y cuida al engendrado (al niño), en un plano de generación más inmediata, de cariño y cuidado por la vida. Por el contrario, el símbolo *padre* se aplica, más bien, a la persona que tiene o adquiere autoridad en un plano de ley, trazando a los hijos un camino de libertad responsable y creadora.

Esa distinción de funciones puede resultar valiosa y, en algún sentido quiero aplicarla, al referirme a los textos del pasado. Pero no estoy seguro de que sea perfecta y pueda servirnos para interpretar las aportaciones de la Biblia. Ciertamente, asumo lo antes dicho sobre la *razón coyuntural*: sé que el símbolo paterno ha perdido un valor masivo-impositivo que antes tuvo; me alegro de ello y digo que el Dios del evangelio no es alguien que domina a los demás con su poder o se va de casa, a su capricho, dejando a los niños solos con la madre, sino que es *Padre-Madre*, alguien que siempre queda en casa, presencia de amor que fundamenta en gratuidad a los humanos. También asumo en gran medida la *razón cultural*: un tipo de ley patriarcalista ha perdido su valor; pero añado que el mismo evangelio debería habernos ayudado a superarla.

Recordando el deseo de igualdad que está en el fondo del feminismo y de otros movimientos sociales y cristianos de este tiempo, quiero afirmar que el Padre-Dios del evangelio no es de sexo masculino, aunque a veces haya dado esa impresión: es Padre sin ser patriarcal, de manera que podemos llamarle Madre-Madre, persona fundante de amor. Lo digo desde ahora, para no insistir en lo que sigue: el Dios del que quiero tratar, no es Padre como ser unisexual, masculino, sino en sentido abarcador y personal, como Padre- Madre<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Antropólogos y psicólogos han venido estudiando de antiguo el sentido del varón y la mujer, del padre y de la madre. Aquí no quiero plantear el tema a ese nivel. Buenos estudios existen y pueden consultarse, sino que he preferido situarme sobre un plano histórico-religioso, recorriendo el camino de la Biblia israelita y cristiana, para *re-descubrir* con ella el sentido de Dios Padre-Madre o Padre de los fieles (de todos los humanos), en gesto de amor comprometido: sólo quien deja que su padre sea padre puede conocerle. He querido mantenerme en un plano bíblico y no he desarrollado expresamente el tema de la paternidad y maternidad en clave antropológica. Quien desee estudiarlos puede acudir a Ch. Duquoc, *Dios diferente*, Sígueme, Salamanca 1978, pp. 67-100; P. Ricoeur, «La paternité: du fantasme au symbole», en Id., *Le conflit des interprétations*, Seuil, Paris 1969, pp. 258-473; A. Vázquez, *Freud y Jung. Dos modelos antropológicos*, Sígueme, Salamanca 1981, pp. 88-120; Id., «Los símbolos familiares de la Trinidad según la psicología profunda», en *Trinidad y Vida Comunitaria*, Semana de Estudios Trinitarios, Salamanca 1980, pp. 3-69; A. Vergote, *Psicología religiosa*, Taurus, Madrid 1973, pp. 191-216.

## 2. Israel. Prohibición de imágenes de Dios

En este aspecto podemos recordar que, en principio, *todas las imágenes de Dios* (incluidas las de Padre y Madre) han de tomarse con muchísimo cuidado, respondiendo así a la exigencia del segundo mandamiento: «No te harás imagen de Dios, ni de lo que está arriba, ni de lo que está abajo...» (Ex 20, 4). En contexto israelita, ese mandato exige el rechazo de todos los *ídolos*, hechos de bronce o madera, de piedra o terracota. Por cumplirlo bien, Israel ha sido el pueblo *anicónico* por excelencia: pueblo que descubre y desarrolla la experiencia de Dios a nivel de obediencia personal y diálogo moral con el misterio y no de imágenes divinas.

Esta prohibición de los ídolos impide no sólo (ni principalmente) la construcción de imágenes externas de metal o madera, sino la búsqueda de una experiencia figurativa y manejable de Dios, que se suele plasmar y objetivar en las figuras de la vida humana (guerrero o rey, madre o amiga) y en las formas vegetales y animales, familiares y sociales, incluidas las mentales. Nada de aquello que se puede objetivar con figuras y expresar con imágenes es Dios, ni el padre ni la madre, ni el rey o la tribu ni el estado, ni las construcciones o ideas de la imaginación humana. Dios no es nada de eso, mora más allá de toda imagen. Por eso, cuando hablemos de la *imagen materno-paterna de Dios* deberemos recordar esta prohibición, pero descubriendo que ella resulta *paradójica*. Israel ha prohibido las imágenes, pero, al hacerlo, les ha dado una importancia (al menos negativa) que antes no tenían, poniéndolas en el centro de la disputa religiosa:

- *Por un lado, los israelitas prohíben las imágenes*, de tal forma que quieren que la mente y fantasía religiosa quede en el vacío, interpretando lo divino como pura luz u oscuridad, silencio inmenso. En esa perspectiva, ellos se encuentran cerca del auténtico budismo, que impone o descubre un gran silencio en torno a Dios: el misterio queda siempre más allá de la imagen, trasciende todas las figuras.

– *Por otro, ellos han recorrido más expresamente el camino de la palabra y del encuentro personal...* El Dios sin imágenes se vuelve Dios de la imagen verbal y espiritual, Señor que habla a los humanos, iniciando con ellos un camino natural de comunicación. La misma carencia de imágenes externas (idolátricas) abre un camino hacia otro tipo de imágenes, vinculadas a la vida humana de tipo familiar, histórico, social.

A partir de este principio se entiende lo que sigue. Por eso empezamos diciendo: frente al posible intento de idolatrar una imagen (incluso la materno-paterna) debemos elevar nuestra reserva, pues Dios es otra cosa y todo lo que digamos sobre él ha de estar contrapesado por esta prohibición: *no te hagas imagen, no proyectes sobre Dios tus pequeñas o grandes fantasías*. Pero ese Dios distinto es, al mismo tiempo, aquel que atrae con más fuerza nuestra búsqueda, pues queremos, sin duda, conocerle, expresando su misterio a través de nuestros símbolos; es claro que, entre ellos, debemos destacar lo materno y lo paterno.

### **3. Religiones antiguas. La imagen materna de Dios**

El judaísmo ha prohibido las *imágenes fabricadas*, pero ellas están ahí, son los mismos seres humanos, creados por el mismo Dios a su imagen (cfr. Gen 27-28). Pues bien, entre ellas parece que la primera o más significativa y «natural» ha sido la de madre. Pero debemos añadir que ella no es algo puramente «natural», como si fuera sólo un elemento del despliegue de la vida. Ciertamente, en cuanto engendradora parece que se encuentra más cerca de la naturaleza, es decir, del nacimiento, que el padre. Pero también ella pertenece a la gran «cultura» humana. No existe «madre en sí» (como dato objetivo), sino más bien una experiencia primordial, que ha sido modelada y definida de diversas formas, a través de las culturas. En este contexto, podemos aplicar una distinción que han utilizado diversos psicólogos, invitándonos a pasar de *padre-fantasma* inconsciente (opresor) al *padre-símbolo*:

- *La madre es fantasma pre-racional* allí donde su figura se impone a la imaginación de los humanos desde fuera (desde arriba), de manera que ellos no pueden retomarla en libertad, en camino de maduración personal. Esta madre fantasma, con rasgos de diosa impositiva, puede evocar la potencia de un mundo superior del que nacemos y en el que nos hallamos inmersos. Esta es la madre que suscita un movimiento de fascinación, para aquellos que se sienten gustosos dentro de ella y/o de pavor para aquellos que la descubren dominante o dictatorial. Ella está vinculada al proceso del engendramiento y parece hallarse en el principio de gran parte de las religiones. La realidad original (divina) sería una *Gran Madre*, útero vital del que nacemos y al que retornamos por la muerte. En este contexto, la figura del padre no ha sido aún formulada o carece de importancia.
- *La madre se vuelve símbolo creador* para aquellos que la descubren y valoran de un modo personal, en camino de acogida y encuentro afectivo. Para ellos, la madre deja de ser pura naturaleza de la que nacemos y meta final a la que vamos, volviéndose persona que influye de manera positiva y concreta en sus hijos humanos. La madre fantasma pre-racional nos dominaría con tal fuerza que no tendríamos autonomía frente a ella. Por el contrario, la madre símbolo-persona nos ofrece gratuitamente vida y nos acompaña en un camino de libertad en que podemos realizarnos como humanos. Por eso, en sentido estricto, de símbolo, sólo los humanos pueden ser o tener madre: persona de la que nacen y con la que dialogan en su origen. Los animales no tienen madre, sino *engendradora*. Los humanos, en cambio, madre: no han nacido, sin más, de la tierra, o de la potencia generadora (física) de la naturaleza, sino de una persona, que les ha acogido y educado, que les ha querido y situado dentro de la historia (de su propia historia). El paso de engendradora a madre se sitúa al principio del proceso de humanización; el camino de simbolización creadora de la madre constituye uno de

los elementos fundamentales de la historia cultural (religiosa) de la humanidad<sup>4</sup>.

Lógicamente, la imagen materna de lo divino (en el camino que va del fantasma al símbolo) está al principio de la experiencia religiosa, de manera que hablar de ella es hablar del proceso sacral y/o cultural que ha recorrido y sigue recorriendo la humanidad. Por eso, debemos evitar las oposiciones y generalizaciones: decir que la imagen materna es mejor que la paterna (o viceversa) constituye una simplificación arbitraria (y a veces partidista) de un tema mucho más complejo e importante. Sólo partiendo de ese fondo se puede recordar (con gran reserva, pues el tema exige ulteriores precisiones) que, en un primer momento, la imagen materna, parece más vinculada a la *naturaleza* (a la materia-maternidad) que la del padre. En ese contexto, ella ha sido, al menos desde el neolítico, una figura divina dominante. Casi pudiéramos decir que ha sido *lo divino*, en términos de arraigo y engendramiento: todo pasa, ella es fuente de todo lo que existe.

- *La mujer en cuanto madre es el primer signo humano (natural) de Dios: ella representa la fecundidad cósmica, la naturaleza como physis, de phyein, dar a luz y brotar. Por eso, muchos mitos conservan el recuerdo de un «tiempo originario» en que la madre era matriz y sentido de toda realidad.*
- *Esta madre naturaleza no se concibe aún como persona, capaz de entrar en diálogo y/o disputa relacional con otros seres personales, pues no existen otros seres a su lado. Ella es el todo: la realidad en su hondura fundante. En ella estamos implantados: como árbol sobre suelo bueno, como niño en la matriz engendradora.*

---

<sup>4</sup> Cfr. E. Neumann, *Storia delle origini della coscienza*, Astrolabio, Roma 1978; Id., *La grande madre. Fenomenologia delle configurazioni femminili dell'inconscio*, Astrolabio, Roma 1981; R. Hamerton-Kelly, *God The Father*, Fortress, Philadelphia 1979.

- *Esta imagen de la madre-diosa naturaleza acuna y protege a los humanos, pero puede volverse peligrosa para ellos: les subyuga y domina, no deja que sus hijos crezcan y se independicen. Por eso, ha sido normal que una cultura posterior (de tipo patriarcal) haya querido superar esa figura, termine «matando» a la madre, como indica el mito de Marduk en Mesopotamia, para que los hijos puedan realizarse con autonomía*<sup>5</sup>.

Esta madre primera no necesita a su lado un marido (el varón no ha cobrado autonomía). No tiene en sus brazos un niño (el hijo no se ha logrado independizar). No es ni siquiera mujer (como realidad valiosa en sí, en valores físicos y mentales). Ella es simplemente maternidad: función de germinar, naturaleza que hace nacer todas las cosas, vientre de gestante, pechos de lactante. Ella expresa lo que antes he llamado *fantasma materno*. Pero debo añadir que este «fantasma» no se ha dado nunca aislado, sino que ha estado unido a simbolizaciones creadoras y personales, en casi todas las culturas. En ese fondo debemos añadir que sólo allí donde la figura materna se eleva sobre la pura naturaleza y alcanza el nivel del símbolo, ella puede convertirse en expresión de riqueza personal. Esto es lo que de hecho ha sucedido en las grandes figuras de diosas de la tradición occidental, como son Ishtar e Isis, Artemisa y Atenea.

#### 4. Judaísmo, religión de padres-educadores

Pues bien, a través de una serie de transformaciones que aquí no podemos detallar, la tradición israelita se ha elevado en contra de esta simbolización materna, presentando a Dios como Padre, y sancionando al mismo tiempo una visión patriarcal de la sociedad, dominada por hombres. La familia israelita, regida por los ancianos (=Presbíteros, Padres) viene a presentarse

---

<sup>5</sup> He desarrollado de una manera extensa el tema en *Hombre y Mujer en las Religiones*, EVD, Estella 1996 y en *El fenómeno religioso*, Trotta, Madrid 1999.

como signo especial de Dios, lugar de su presencia. Gran parte de la polémica evangélica se entiende en este contexto: *Jesús* ha querido enraizar su mensaje en un «padre divino» que rompe el esquema patriarcalista de su entorno. Por el contrario, los maestros rabínicos han vinculado la revelación de Dios a la tradición de los antepasados, como muestra el tratado *Abbot (=Padres)* de la Misná: si Dios es Padre, él ha de mostrarse y revelar su paternidad a través de los padres del pueblo, que han dicho y siguen diciendo su palabra por medio de las tradiciones y leyes antiguas. Por eso, la fidelidad al Padre Dios se encuentra vinculada a la fidelidad a las tradiciones nacionales de los padres.

Aquí se sitúa, a mi entender, la controversia fundamental entre los rabinos judíos y Jesús. El problema no está en saber si Dios es Padre en abstracto (nadie duda de eso, aunque Jesús puede haberlo destacado de un modo especial, sobresaliendo una experiencia filial muy intensa), sino en saber cómo ama a los judíos elegidos y como expresa su poder a través de los «padres» patriarcales o a través de los pobres y expulsados del pueblo.

El judaísmo posterior ha concedido importancia especial al padre de familia. También otros pueblos se la han concedido, no sólo en el contexto oriental y mediterráneo (Roma), sino en el más lejano Oriente (China). Pero Israel lo ha hecho de un modo especial, destacando de un modo muy especial el papel del padre de familia como auténtico «sacerdote» y garante de la vida religiosa y de la educación de los hijos. El padre patriarcal de otros pueblos podía desentenderse de la educación personal de los hijos, ocupándose de la administración y vida social, dejando el cuidado de los niños pequeños y del conjunto de la familia a las mujeres. Pues bien, en contra de eso, el judaísmo ha dado al padre una función religiosa esencial:

- *Circuncisión a los ocho días.* Ciertamente, la madre da a luz al niño pero el padre debe ocuparse de circuncidarlo, introduciéndolo así en la alianza de Dios. En otros pueblos del entorno, el padre tenía el derecho de acoger o no acoger al niño en la familia, pudiendo exponerlo

a la muerte. Por el contrario, los padres israelitas se comprometían a acoger y educar al niño, introduciéndole en la alianza de Dios. De esa forma avalaban su paternidad, apareciendo como responsables de los hijos ante Dios.

- *Rescate del primogénito.* Muchos pueblos sacrificaban al primogénito, como supone Gen 22. Los israelitas han superado esa exigencia, pero han hecho que el padre rescate al hijo primogénito, para dedicarle a Dios e iniciarle en el «culto» sagrado, es decir, en la obediencia de Dios. De esa forma, el padre actuaba (y sigue actuando en el judaísmo actual) como representante de Dios para su hijo.
- *El padre preside las fiestas fundamentales, que son celebraciones de familia.* Ciertamente, mientras había templo, los sacerdotes tenían una función especial. Pero después ésta ha pasado a los padres varones, que presiden la vida religiosa de la familia. Así aparecen como auténticos celebrantes de la Pascua y de la fiesta de los tabernáculos, siendo iniciadores religiosos para sus hijos, signo de Dios sobre la tierra.
- *El padre ha de enseñar a los hijos la Ley.* Ya en las fiestas, donde el padre tiene que ser capaz de responder y enseñar a los hijos, cuando le pregunten por las diversas tradiciones y fiestas de Israel. Siguiendo en esa línea, Dt 5-6 destaca la obligación religiosa del padre, que es signo de Dios, garante de la continuidad religiosa de Israel: tiene que enseñar a sus hijos el sentido de la Ley, de la elección y alianza del pueblo<sup>6</sup>.

Esto significa que el padre israelita no es alguien que engendra a los hijos y se desentiende, dejándolos en manos de mujeres o extraños, sino que tiene la obligación de estar presente en su educación, dirigiéndola de un modo

---

<sup>6</sup> Cfr. W. Miller, *Biblical Faith and Fathering*, Paulist, New York 1990.

consecuente, en nombre de Dios. Es claro que, al actuar de esa manera, el padre israelita aparece como signo de Dios para su familia. La religión de Israel ha estado centrada en el culto y enseñanza (fidelidad) familiar, al menos desde el exilio. Cayó el Templo, se mantuvo la religión, porque estaba arraigada en la vida familiar, presidida por los padres de familia; ellos han sido los transmisores de una religión centrada en el valor del propio pueblo, en la elección especial divina.

## II. RIESGO DE FILÓN, PERMANENCIA DEL JUDAÍSMO

### 1. Filón de Alejandría. Imagen paterna de Dios

Dentro del judaísmo del principio de nuestra era ha destacado Filón de Alejandría. Ciertamente, su visión de Dios, Creador y Padre, es distinta de la de Jesús, pero nos ayudará a entenderla<sup>7</sup>. Dentro del símbolo cristiano pueden distinguirse los dos «nombres» de Dios: es *Padre* de Jesús (y de los cristianos); es *Creador* del mundo. Pero, conforme a la visión judía de Filón, ambos símbolos (Padre y Creador) resultan en el fondo intercambiables:

- *Dios es Padre todopoderoso en cuanto Creador*, porque suscita y dirige las cosas del cosmos. La misma paternidad, en cuanto tal, es creadora, conforme al esquema filosófico que Platón había expuesto en el *Timeo*: hay una *Madre universal*, «materia» receptiva, que acoge el semen activo del *Padre divino*. Según eso, sólo el Padre es creador pues da la forma, engendra, y lo hace precisamente en cuanto Padre.

---

<sup>7</sup> No he querido discutir la obra de Filón. Me he limitado a evocar algunos momentos básicos de su obra. Texto griego con traducción inglesa en F. H. Colson (ed.), *Philo I-IX*, Loeb, Cambridge MA 1867; cómoda traducción española de J. M. Triviño en «Filón de Alejandría», *Obras completas I-V*, Acervo, Buenos Aires 1976.

- *La paternidad divina se identifica con su obra creadora.* Dios es Padre del cosmos, pues lo ha originado con su semen de vida. Lógicamente, el despliegue del cosmos se entiende con la ayuda del símbolo biológico: sólo Dios posee la paternidad activa sobre todas las cosas y la ejerce emitiendo su «semen» espiritual (de ideas creadoras) sobre la materia pasiva del mundo.

Ciertamente, el Dios de Filón aparece básicamente como *El que Es* (*Yahvé* de Ex 3, 14), Ser originario, creador de todo los seres. Más aún, este es un Dios trascendente, que no puede confundirse con ninguna de las cosas de la tierra. Pero la acción creadora de Dios se expresa en símbolos de paternidad biológica que resultan, al menos, limitados. Esta paternidad de Dios se entiende en perspectiva ontológica, determinada por la diferencia entre formas (ideas) activas y materia receptiva. Sólo Dios puede introducir las formas en la materia; sólo Él es creador. Este es un Dios que ontológicamente sólo puede aparecer como paterno.

Los grandes profetas (Oseas, Jeremías, Isaías), que hablaban en un lenguaje simbólico más hondo, podían presentar a Dios como Padre-materno. Por eso, a su entender, Dios en cuanto tal es sólo Padre y su paternidad se identifica con su creatividad. En este campo, vinculando la filosofía platónica con la herencia judía, Filón ha empleado modelos que tendrán gran importancia en la teología posterior de la Iglesia:

- Sólo la paternidad es creadora; la materia (Madre) es puro vacío.* Esta visión está en el fondo de muchos mitos hierogámicos (de matrimonio intradivino), leídos desde la perspectiva filosófica de la creatividad masculina. Dios aparece así como Gran Padre, que actúa de manera engendradora sobre una Gran Madre, que es puro vacío, simple capacidad receptiva, como ánfora en la que Dios deposita su semilla creadora.

- b. *Paternidad dialogal: Madre Sabiduría.* Acogiendo y desarrollando en clave israelita un tema que podría hallarse latente en el mito de Osiris e Isis, algunos libros sapienciales habían personificado la *Sabiduría* divina (diosa Maat), como esposa o consorte simbólica de Dios. El tema estaba latente en Eclo y Sab. Filón lo ha desarrollado: el Padre Dios no fecunda simplemente a la Materia-nada (acogedora), sino a la Diosa-Madre sabiduría, para que de ella nazcan las Ideas, que son los principios y sentido de todo lo que existe<sup>8</sup>.
- c. *Paternidad histórica: Padre del Pueblo.* Siguiendo en esa línea, Filón puede interpretar la historia israelita desde un Dios que va engendrando virtudes y caminos de vida dentro de las matriarcas (Sara, Rebeca, Lía, Raquel...), que son signo del pueblo y del conjunto de la humanidad, a la que Dios fecunda, para que pueda engendrar de esa manera las más altas ideas, las virtudes más profundas.
- d. *La humanidad en su conjunto es femenina ante Dios,* en una imagen que se enraíza en la experiencia profética, que se expresa de algún modo en el Nuevo Testamento y que pasa, a través de los Padres Griegos, como Clemente y Orígenes, hasta San Juan de la Cruz y el mismo K. Barth. Dios aparece así como verdadero Esposo y Padre, pues fecunda de manera activa a los humanos (mujeres, madres)<sup>9</sup>.

## **2. Filón, un riesgo que continúa presente en los cristianos**

Este es, a mi juicio, uno de los modelos simbólicos más persistentes de la tradición posterior, asumido de forma normal (y a veces normativa) por el

---

<sup>8</sup> He presentado el tema en *Dios judío, Dios cristiano*, EVD, Estella 1996. Cfr. B. L. Mack, *Logos und Sophia. Untersuchungen zur Weisheitstheologie im Hellenistischen Judentum*, Vandenhoeck, Göttingen, 1973.

<sup>9</sup> He estudiado este símbolo en *El Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz*, Paulinas, Madrid 1992.

cristianismo. Es un modelo donde el género masculino, entendido en forma paterna y/o esponsal, aparece como creador y activo, frente al modelo acogedor femenino. Ciertamente, tomado en sentido espiritual, de forma poética, *ese modelo ha podido tener elementos positivos*, pues Dios aparece como *esposo* del alma de varones y mujeres, recorriendo con ellos un camino de amor y engendramiento. Pero, tomado en sentido consecuente, es falso o, por lo menos, muy peligroso pues emplea (sacraliza) una visión jerárquica de la dualidad sexual, contraria a la experiencia y verdad de la antropología moderna.

Ciertamente, se podrá decir que este es un símbolo, que Dios no es Padre-Esposo al modo humano; se podrá afirmar después que la mujer en cuanto tal no ha de entenderse como esposa subordinada y que la esposa divina de Filón es el «alma» humana (sea de varón, sea de mujer) en cuanto receptiva... A pesar de ello, este modelo debe superarse, por dos razones básicas: no responde a la novedad profética; va contra la antropología actual:

- *No responde a la más honda experiencia israelita.* Filón ha vinculado, de forma inteligente, elementos de la tradición judía y helenista (sobre todo platónica), ofreciendo las bases de lo que será la filosofía occidental posterior. Pero al hacerlo, al menos en este caso, es infiel a la novedad profética de Israel, donde el Dios paterno-materno cumple una función que desborda la oposición entre los sexos. Los profetas no han opuesto las funciones del padre y de la madre, sino que las han vinculado en la figura personal y unitaria del Padre Materno. Filón no sólo ha convertido en una ontología discutible la simbología profética del Dios esposo, sino que ha terminado siendo infiel a esa misma simbología, por separar como hace (desde su perspectiva biológica y ontológica) la función de los sexos.
- *Va en contra de la antropología actual*, no sólo en su forma de entender los sexos, sino también en su concepción unitaria y sacral del conjunto cósmico. Filón ha distinguido la función de los sexos dentro de

la totalidad cósmica; al hacerlo, ha sacralizado una estructura jerárquica de la vida humana, creyendo que el «orden» platónico se identifica, en el fondo, con la sacralidad de la revelación judía. Pues bien, tanto una cosa como la otra resultan equivocadas. Por un lado, el mensaje profético sobre el Padre Materno desborda los límites de la antropología cósmica de Filón. Por otro lado, la antropología de Filón va en contra de la ciencia actual, que vincula a los sexos de una forma no jerárquica: el varón no es activo y la mujer pasiva (o receptiva), sino que ambos son activos, de maneras complementarias.

### **3. Novedad judía. El contexto de Jesús**

Por eso, los modelos simbólicos que están en el fondo de la visión platónica (y filoniana) de la paternidad activa de Dios (frente a la maternidad receptiva del mundo o de los humanos) ya no pueden emplearse en teología, pues han perdido su sentido, como después indicaremos estudiando a Jesús. Pero antes, superando a Filón, queremos evocar, algunos elementos del Dios judío, que nos ayudarán a entender la novedad cristiana.

- *El Dios judío es ante todo trascendente* y, según eso, no se puede confundir con el proceso de la vida humana y con el movimiento del cosmos. Sólo porque es libre (existe en sí), Dios puede revelarse de manera personal en el proceso del cosmos y especialmente en la marcha de la historia humana. Entre Dios y el mundo existe, por tanto, relación de alianza: siendo independiente y existiendo por sí mismo, Dios abre su misterio, ofreciendo a los humanos su presencia. Es Señor-Amigo/a, más que varón o mujer.
- *El Dios judío es personal*, en el sentido profundo de ese término. Persona es quien puede actuar en libertad, siendo dueña de sí misma, porque sabe (se sabe, se conoce) y porque ama (es capaz de darse a los demás, conviviendo con ellos). Pues bien, de manera original

Dios es persona. No es sencillamente signo del poder del cosmos; no es ley física que actúa sin saberlo, sin saberse. Dios es dueño de sí mismo: tiene pensamiento, se conoce y nos conoce, en un misterio de revelación (de alianza) que nos capacita para buscarle y encontrarle en comunión de vida.

- *Dios se vincula de un modo especial con los judíos.* Por un lado, se abre a todos los pueblos de la tierra: es Señor de las naciones, creador universal. Pero, al mismo tiempo, se ha vinculado a Israel en una historia peculiar de elección y promesas. Por eso, los judíos se sienten escogidos: hijos de Dios entre las naciones de la tierra. Lógicamente, han de abrirse a todos los pueblos de la tierra, apareciendo entre ellos como hijos de Dios; pero, al mismo tiempo, deben mantener su identidad, como testigos de la Ley y esperanza nacional.
- *La fe en Dios se encuentra abierta a la experiencia escatológica.* Los judíos saben que su vida y elección resulta ya definitiva: avanzan en un camino que se abre y les lleva hacia la manifestación última de Dios, que ellos conciben de maneras diferentes (según destaquen los elementos apocalípticos que han de marcar el final de nuestra historia).

Ciertamente, los judíos saben que Dios ha de obrar, revelándose de un modo definitivo, como Padre de Israel, Señor de las naciones. Pero, al mismo tiempo, ellos deben preparar su venida en el camino de la historia: ¿cómo ha de portarse Israel frente a los pueblos del entorno? ¿cómo ha de esperar que se resuelvan, con la intervención de Dios, las contradicciones actuales de la historia? ¿cómo habrá de revelarse Dios a los gentiles? Estos son problemas que planteaban los judíos del tiempo de Jesús. Son problemas que también Jesús ha de evocar y resolver en su mensaje.

En este contexto, el judaísmo ha podido presentar a Dios «también» (pero no sólo, ni principalmente) como Padre. Sin duda, es *Yahvé*, cuyo nombre

no puede ni decirse, pues desborda todas las figuras y títulos del mundo. Pero, siendo innominable, es el más nombrado: es *Adonai*, *Kyrios* o *Señor* que todo lo sustenta con su mano; es *Ruah* o *Espíritu de Vida* que alienta desde el fondo de la vida de los hombres y las cosas; es el *Rey-Trono-Majestad* que expresa su dominio fecundo sobre el mundo; es *Dador de la Palabra*, el que nos habla por medio de la Ley, etc. Pues bien, al fondo de todos esos rasgos, siendo creador universal, el Dios judío puede presentarse como *Señor, Amigo y Padre de Israel*. Así se ha vinculado en alianza de amor definitiva con los hombres y mujeres de su pueblo, como esposo que se abraza con su esposa, como padre que ayuda a su hijo, como amigo de su amigo. Estos dos rasgos, de Señor y Rey, de Esposo y Padre (amigo y compañero de camino) se vinculan mutuamente y definen la historia israelita. En esta línea, podemos destacar dos rasgos:

- *Dios es Padre de Israel por elección*: escoge al pueblo y lo va guiando y cuidando a lo largo de la historia, en camino de amor que se expande hacia el conjunto de la humanidad que, por medio de Israel, alcanzará también la plenitud escatológica. De esa forma, Dios desea expresarse como padre de todos los pueblos, en camino de elección ampliada, universalizada en el tiempo escatológico.
- *Dios es Padre de Israel por Ley*: se manifiesta y actúa allí donde sus fieles le responden, manteniendo el pacto de Israel, cumpliendo lo que implica su llamada. Siendo expresión de su gratuidad originaria, la paternidad de Dios se vincula, con gran fuerza, a la respuesta que le ofrezcan los humanos, en la línea de eso que san Pablo llamará «las obras de la ley». Cumpliendo esa ley nacional, manteniendo firme la elección en gesto de respuesta, los israelitas descubren a Dios como Padre.

Dios está vinculado por tanto con los *buenos hijos*. Es Buen Padre de los hijos nobles, de la raza pura, del pueblo elegido. Así pueden distinguirse

dos tipos de personas: los que tienen buen Padre y honor en el mundo y los que no tienen padre, los expulsados de la sociedad. A favor de estos últimos ofrecerá Jesús su mensaje y camino del Reino, hablando de un Padre-Madre distinto.

### III. EL PADRE DE JESÚS

#### 1. Contexto. Trasfondo judío y novedad cristiana

Jesús fue al principio un discípulo de Juan: compartió con el Bautista su manera de entender el juicio y su exigencia radical de conversión, preparando la llegada del Reino. Lógicamente, empezó bautizándose (cfr. Mt 3, 13-17 par). Pero en un momento dado, asumió un camino propio, separado del Bautista, expresando así su nueva forma de entender al Padre Dios y la tarea de su reino, en claves filiales y no de servicio penitencial<sup>10</sup>. *Juan, el Bautista* había interpretado a Dios en formas de juicio justiciero: como huracán e incendio; como hacha leñadora y bieldo... Al separarse de Juan (a quien siempre respeta y nunca ha condenado), *Jesús* empieza a mostrar una nueva forma de entender a Dios: ya no es juez que llega amenazante, ni es fuego de muerte, sino fuente y principio de nuevo nacimiento; por eso puede y debe presentarle como Padre.

Como venimos indicando, el símbolo Padre ya existía, poderoso y gastado por el tiempo. Jesús no tuvo que crearlo, lo encontró en las Escrituras de su pueblo y lo asumió, desde las raíces de lo humano, fundándose en la mejor tradición israelita, para así vivirlo y recrearlo de una forma que termina siendo sorprendente. No ha comenzado planeando una acción programada en plano abstracto, en formas generales, como principio o teorema del que luego han de sacarse bien las consecuencias. El programa de Jesús se identifica

---

<sup>10</sup> Cfr. E. P. Sanders, *Jesus and Judaism*, SCM, London 1995.

con su propia vida. Paso a paso, signo a signo, culminando con su muerte y con su pascua, ha ido mostrando el rostro de Dios Padre.

*Filón de Alejandría* había sido un filósofo robusto, empeñado en trazar un esquema teórico de alcance universal, vinculando la herencia israelita y la helenista. No era un creador, sino sistematizador. No ha querido cambiar mesiánicamente lo que existe, sino «sacralizarlo». Ha sido un hombre del orden, del sistema, representante de una de las familias más ricas de la pudiente colonia judía alejandrina. Ciertamente, se ha arriesgado y ha sufrido, por defender el judaísmo, pero lo ha hecho desde dentro del orden establecido, en diálogo cultural con el helenismo y en convivencia política con el imperio romano. Pues bien, en contra de Filón, Jesús de Nazaret ha sido un pobre artesano de la pobre Galilea. No ha tenido medios ni deseos de crear un sistema conceptual abarcador, donde quepan los judíos y helenistas. Tampoco ha querido «dialogar» con las autoridades del imperio, desde dentro del sistema. Él ha sido, más bien, un profeta mesiánico, un hombre de acción, empeñado en anunciar e iniciar el camino del reino entre los pobres de su tierra.

Ciertamente, Jesús conocía por dentro las tradiciones fundamentales de la historia israelita, de tal forma que la asume en su camino personal y quiere culminarlas, es decir, cumplirlas. Se siente vinculado de un modo especial con las tradiciones proféticas, en las que Dios aparece como un Padre-materno (en la línea de Oseas, Jeremías, el Segundo y Tercer Isaías). No le importa la posible dualidad sexual (ontológica) de la realidad, tal como la ha entendido y desarrollado Filón. Él no ha visto diferencias entre varones y mujeres, pues unos y otros se encuentran igualmente necesitados de ayuda y llamados por Dios. Ha sido precisamente la visión profética de Dios, a quien llama *Abba*, ¡*Padrecito!* y concibe como Padre-materno, amigo y protector de todos los humanos, la que ha suscitado su movimiento mesiánico.

Jesús ha iniciado y expandido su mensaje dentro de un mundo muy estructurado, donde cada uno ocupaba un lugar en el sistema y donde el mismo

orden jerárquico del conjunto aparecía como signo de Dios. *La composición del Sanedrín* indicaba que el entorno estaba dominado por sacerdotes (representantes de la santidad de Dios), ancianos (miembros de las grandes familias del pueblo) y escribas (intérpretes de la Ley). Dios sanciona el orden jerárquico del pueblo, avalando así la autoridad de sacerdotes, ancianos y escribas. De un modo especial, aparecen como representantes de Dios los *padres de familia*, que son representantes de la tradición organizada: la misma religión viene de padres a hijos, ratificando así la autoridad de los *padres* en cuanto varones.

*El mensaje y vida de Jesús* ha invertido ese orden jerárquico. No es que critique directamente la autoridad de sacerdotes, escribas y padres-varones, sino que hace algo mucho más escandaloso: la ignora. Así ha pasado sobre el mundo como si no le importara el orden de sus jerarquías, como si ellas fueran ajenas a Dios y al despliegue de la vida humana. No ha sido un legislador atento a las diferencias sociales; no ha sido un hombre de estado, cuidadoso en trazar los rangos y funciones de sus diversos estamentos. Tampoco ha sido un organizador de la familia, en el sentido clásico. Ha sido, más bien, un *hombre de reino*, un profeta de la fraternidad entre todos los humanos. Lógicamente, conforme a todo lo anterior, él se ha fijado de un modo especial en los marginados de la sociedad: publicanos y prostitutas, leprosos y posesos, pobres y enfermos... Todos estos tienen algo en común: *¡carecen de padre en el mundo!*

## 2. Dios, Padre de aquellos que no tienen padre

Sólo desde este *mundo sin padre* en el que Jesús se ha situado puede entenderse su mensaje. De esa forma asume la más antigua tradición legal israelita, donde se pide al conjunto social que acoja a los huérfanos, viudas y extranjeros, es decir, a los que *carecen de padre*, de autoridad creadora y de garantía social. Jesús ha salido a buscar y acoger, a curar y animar a los que viven expulsados de la buena sociedad del padre bueno (poderoso), en las

márgenes del pueblo. Sólo en ese contexto (para ellos) ha descubierto y proclamado la función del Padre, que es, al mismo tiempo, poderoso y bueno: bienaventurados los pobres, porque es vuestro el reino de los cielos; bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados; bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis (Lc 6, 20-21).

Estos son los bienaventurados que carecen de *padre* (protección, cobijo, ternura) sobre el mundo y Jesús ha querido situarles, con su vida y mensaje, ante el Padre de los cielos. Este *Padre (Abba)*, de Jesús no es un Dios patriarcal en el sentido impositivo o masculino, sino un Dios de bienaventuranza liberadora. Ciertamente, Jesús habla de *Padre* (no de *Madre*), asumiendo la tradición israelita de los profetas. Pero, con ellos, utiliza esa palabra en sentido inclusivo y no exclusivo: Padre no es alguien que carece de las notas de la Madre o se opone a ella, sino aquel que actúa con rasgos de Padre y de Madre; Padre no es aquel que sanciona con su autoridad el orden jerárquico existente, sino aquel que ofrece felicidad y familia a los últimos del pueblo. ¿Cómo lo ha descubierto? Quizá por la tradición de los profetas, que él asume de manera creadora. Quizá por su propia experiencia. Es evidente que, situándose ante los mismos problemas que han visto Juan Bautista y Filón, fariseos y esenios, Jesús ha respondido de manera diferente:

- *Experiencia personal.* Es muy posible que Jesús haya tenido una experiencia muy intensa de Dios, a quien descubre como Padre cercano que le ha confiado una tarea al servicio del reino. ¿Se ha sentido huérfano de padre humano? No lo sabemos. Lo cierto es que ha estado lleno del Padre Dios.
- *Descubrimiento de la necesidad social del entorno.* Los grupos dominantes (sacerdotes, escribas, ancianos...) acaban poniéndose al servicio del orden establecido. Por el contrario, asumiendo la promesa profética, Jesús ha asumido el cuidado de Dios en favor de los marginados, los sin padre.

- *Reino, nueva creación.* Jesús ha descubierto, finalmente, la novedad del Reino de Dios como nueva creación o culminación de la primera. Por encima de las divisiones e injusticias del mundo, sobre los dolores y quebrantos de una humanidad que parece condenada a la injusticia y a la muerte, en nombre del Padre Dios, él inicia un movimiento de reino.

Por eso, cuando Jesús habla de Dios se está refiriendo al *Padre que suscita el Reino*, no al generador del cosmos (como en Filón de Alejandría). Dios no es Padre por tener sexo masculino, sino porque actúa como principio cercano de vida, porque es fuente del Reino<sup>11</sup>. De esa forma, el movimiento mesiánico de Jesús abre *un espacio peculiar para los pequeños*, es decir, para aquellos que necesitan un padre. Jesús no ha cuidado su «familia propia», en clave genealógica (no ha tenido hijos biológicos, como hubiera sido conveniente, partiendo de las tradiciones patriarcales de Israel), sino que se ha ocupado, de un modo especial, de los niños en cuanto necesitados:

- Jesús tomó a un niño, lo puso en medio de los discípulos y, abrazándolo, les dijo: *Quien reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, no me recibe a mí, sino al que me ha enviado* (Mc 9, 33-37). Y le llevaban niños para que los tocara, pero los discípulos se lo impedían. Jesús, al verlo, se indignó y les dijo: *Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el Reino de Dios. Os aseguro: quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en*

---

<sup>11</sup> Cfr. F. X. Durrwell, *Nuestro Padre. Dios en su misterio*, Sígueme, Salamanca 1990; R. Hamerton-Kelly, *Theology and Patriarchy in the teaching of Jesus*, Fortress, Philadelphia 1979; J. Jeremias, *Abba. El mensaje central del NT*, Sígueme, Salamanca 1981; X. Pikaza y N. Silanes (eds.), *El Dios cristiano. Diccionario teológico*, Sec. Trinitario, Salamanca 1992; J. Schlosser, *El Dios de Jesús. Estudio Exegético*, Sígueme, Salamanca 1995; N. Silanes, *El Padre*, Sec. Trinitario, Salamanca 1997; O. Cullmann, *La oración en el Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1999; Ch. Duquoc, *Dios diferente*, Sígueme, Salamanca 1979; B. Rey, *De la fe en Yahvé a la fe en la Trinidad*, FAX, Madrid 1973.

él. Y, abrazándolos, los bendecía, imponiéndoles las manos (Mc 10, 13-16).

Esta tradición de las relaciones de Jesús con los niños resulta escandalosa y creadora: él aparece, en el centro de la comunidad mesiánica, como un amigo de los niños o, quizá mejor, como verdadero padre. Desde ese fondo comprendemos un dato fundamental: lo que afirma sobre Dios como Padre no es un dato marginal en su evangelio, sino expresión de su más honda experiencia de compromiso liberador y cuidado cercano en favor de los niños. Esa experiencia nos permite entender el sentido de Dios Padre:

- *Jesús aparece como amigo (protector, educador) de los niños*, asumiendo así una función que es paterna y materna, propia del mismo Dios, que así viene a revelarse como padre-madre de los niños: «De los que son como ellos es el Reino de los cielos...». Precisamente ahí, a través de los niños que han de ser acogidos y crecer, viene a revelarse el misterio de Dios Padre.
- *Cuando afirma que es preciso «acoger a los niños», Jesús no se refiere los padres o madres en cuanto tales*, sino del conjunto de la sociedad (o de la comunidad cristiana). Esa tarea de acoger a los niños (abrazarles, bendecirles, imponerles las manos) no es exclusiva o propia de varones o mujeres, sino de los discípulos, es decir, de personas que han escuchado la llamada del Reino. Sólo allí donde los seguidores de Jesús acogen de esa forma a los niños se puede afirmar que *Dios es Padre*, en sentido no patriarcalista.
- *Abba, palabra de niños para el Reino*. El Dios del Reino está vinculado a los niños y ellos (los niños) son signo de reino... Desde este fondo ha de entenderse la invocación de Jesús, el *Abba*, que es palabra propia de los niños y de aquellos que se hacen como niños. Esta es la palabra más honda que Jesús ha venido a revelar

con su propia vida, no con teorías sobre el sentido de lo paterno, materno o filial<sup>12</sup>.

Desde este contexto ha de entenderse la palabra *Abba*, que Jesús ha utilizado en su oración, al referirse al Padre (cfr. Mc 14, 36 par) y que la tradición posterior (cfr. Rom 8, 14; Gal 4, 6) ha tomado como nota distintiva de su plegaria. La singularidad de esta palabra consiste, precisamente, en falta de singularidad: en su absoluta inmediatez, en su total cercanía. Esta no es una palabra misteriosa, cuyo sentido deba fijarse con cuidado (como sucede quizá con el Yahvé de la tradición israelita). No es palabra sabia, de eruditas discusiones conceptuales, que sólo se comprende tras un largo proceso de aprendizaje escolar. Esta es la más sencilla de todas, aquella que el niño aprende y comprende en el mismo principio de su vida, al referirse cariñosamente al padre (madre). No es palabra que sólo puede referirse al Padre en cuanto separado de la Madre (o sobre la Madre), sino que alude sobre todo al Padre materno.

Precisamente en su absoluta cercanía se encuentra su distinción, su diferencia. Los hombres y mujeres del entorno buscaban las palabras más sabias para referirse a Dios. Podían llamarle *Nuestro Padre*, *Nuestro Rey*, le invocaban como *Señor*, dándole el título de *Dios* y *Soberano*... Es como si la palabra *Abba*, *Papá*, propia del niño que llama en confianza a su padre querido les pareciera irreverente, demasiado osada. Pues bien, Jesús ha osado: él se ha atrevido a dirigirse a Dios con la primera y más cercana de todas las palabras, con aquella que los niños confiados y gozosos utilizan para referirse al padre (madre) bueno de este mundo. Conocer a Dios resulta, para

---

<sup>12</sup> Aquí se expresa, con toda nitidez, la diferencia entre Filón y Jesús. *Filón* es un teórico: no quiere presentar su vida como testimonio de Dios, signo de su reino, sino ofrecer una interpretación coherente, en línea helenista, del mensaje de la Biblia israelita. *Jesús*, en cambio, es un profeta de Dios, profeta teológico, que ha querido expresar la presencia de Dios como Padre en medio de un mundo dividido por la imposición y la violencia, por el rechazo hacia los pobres. Por eso ha escogido de un modo especial a los niños, para expresar con ellos (para ellos) el misterio de la paternidad divina.

Jesús, lo más fácil y cercano de la vida. No necesitamos argumentos para comprender su esencia. No tenemos que emplear demostraciones: Dios Padre resulta, a su juicio, lo más inmediato, lo más conocido, lo primero que aprenden y saben los niños.

Para hablar así de Dios hay que aprender (*¡si no os volvéis como niños!*), pero, al mismo tiempo, hay que olvidar o desaprender muchas cosas que se han ido acumulando en la historia religiosa de los pueblos. Jesús nos pide volver a la infancia, en gesto de neotenia creadora, es decir, de recuperación creadora de la niñez, en apertura a Dios. Para muchos de sus contemporáneos, la religión era ascender místicamente hacia la altura supra-humana, o cumplir unas normas sacrales y/o sociales. Como niño que empieza a nacer, como hombre que ha vuelto al principio de la creación (cfr. Mc 10, 6), Jesús se atreve a situar su vida y la vida de aquellos que le escuchan en el mismo principio de Dios, a quien descubre y llama *¡Padre!*

### **3. Jesús, parábola del Padre**

La religión es para Él una especie de *parábola de hijo y padre* (cfr. Mt 11, 25-27). La parábola no es algo que está fuera, sino él, su propia vida, en manos de Dios. No es algo que se sabe y resuelve de antemano, sino misterio en el que se vive, camino que se recorre, gracia que se va acogiendo y cultivando día a día. Por eso, la experiencia de Dios como Padre se encuentra entrelazada con el mismo camino concreto, diario, de su vida. Jesús se ha confiado en Dios Padre y de esa forma ha vivido. Ha dialogado con la tradición de su pueblo y de su entorno religioso pero, de un modo especial, ha descubierto el sentido y don de Padre, en la tarea y gracia de su vida. Para ello ha necesitado la más honda inteligencia, la más clara y decidida voluntad.

De esa manera, Jesús ha podido trazar eso que pudiéramos llamar el *camino del padre*, que ahora presentamos de manera descendente y ascendente.

Este es camino que viene de Dios, desciende del gran Padre, fundando en su don nuestra vida. Pero es, al mismo tiempo, camino que sube hacia Dios, que nos permite buscarle y hallarle, a partir de la vida y personas del mundo.

- *Dirección descendente.* El Dios de Jesús es *Abba*, Padre, porque alimenta, sostiene y ofrece un futuro de vida a los niños y, con ellos, a todos los humanos. Este es un Padre materno, que alienta la vida de los humanos que se hallaban perdidos en el mundo. Filón le había interpretado como Padre cósmico, creador y ordenador de cielo y tierra, dentro de un esquema ontológico cual que distinguía nítidamente las funciones del padre y de la madre. Jesús le presenta como padre de los pobres y excluidos, los niños y necesitados.
- *Dirección ascendente...* El modelo para hablar de ese Dios Padre no son los grandes padres varones de este mundo (sacerdotes y rabinos, presbíteros y sanedritas, que son en general patriarcalistas), sino aquellos varones y mujeres que, como Jesús, han abierto un espacio de vida para los demás. Interpretado así, el mensaje de Jesús sobre el Padre resulta revolucionario. No es mensaje de intimidación, que avala el orden establecido. No es anuncio de verdad interior, sino camino de Reino<sup>13</sup>.

Desde ese punto, podemos reinterpretar el mensaje de Dios Padre a partir del esquema teológico israelita, que ya hemos evocado en un momento anterior de este libro. La teología de Jesús no es un anuncio teórico sobre verdades generales, sino despliegue de su misma vida hecha palabra, expresada desde el Antiguo Testamento de Israel y abierta hacia el Testamento Universal de la salvación humana. Partiendo de este principio presentamos

---

<sup>13</sup> Además de autores citados en notas anteriores, cfr. E. Schillebeeckx, E., *Jesús. La historia de un viviente*, Cristiandad, Madrid 1981; E. Schüssler Fiorenza E., *Jesús: Miriam's Child, Sophia's Prophet*, Continuum, New York 1994; G. Theissen y A. Merz, *Jesús Histórico*, Sígueme, Salamanca 1999.

un simple esbozo, de la «teología de Jesús». Tres son, a mi juicio, los aspectos fundantes de su mensaje, que re-formulamos partiendo de los elementos principales del Dios israelita:

- *Dios Padre-Madre es gracia fundante* (Éxodo). Es *El que Hace Ser* en forma creadora, gratuita, gozosa, abierta a todos los humanos. No controla, no vigila, no calcula: simplemente ama, siendo en nosotros y haciéndonos ser y actuar en libertad. Así podemos llamarle *Creador de libertad*. No es padre en sentido impositivo o patriarcalista, aquel a quien debemos matar para ser nosotros mismos, sino Aquel que nos funda e impulsa, como *Madre-Padre*. Esto lo sabían los antiguos israelitas, pero habían mezclado y confundido esta experiencia, concibiendo a veces a este Padre Dios como alejado, justiciero, impositivo o vengador de injurias. Jesús le ha descubierto de nuevo y presentado, de manera muy sencilla y profunda, en el lugar originario: como *Madre* que da su propia vida, para que surjan sus hijos, como *Padre* que les alienta y sostiene (les acoge y perdona) porque les ama.

De manera consecuente, Jesús llama a Dios Padre. Podría haberle llamado *Padre-Madre*, pues le concibe como *Voluntad de Amor*, no de poder (en contra de Nietzsche). Es *Voluntad fundante* y creadora, que no mueve simplemente las estrellas (como Aristóteles decía), sino que atrae y potencia, mantiene y eleva a los pobres y pequeños de la tierra, sosteniendo en ellos la existencia y plenitud de todaella; por eso le llama Padre... El Dios pagano y a veces el mismo Señor del judaísmo corrían el riesgo de identificarse con el orden cósmico, apareciendo de forma impersonal o fatalista. Por el contrario, Jesús presenta al Dios Madre-Padre como realidad íntima y cercana: es Señor que funda nuestra vida, Amigo que llega hasta nosotros porque quiere iluminar nuestro camino, porque así desea y se goza en hacerlo. Así se acerca y en gozo nos asiste, para que podamos nacer, crecer y morir en su compañía. Actúa de esa forma porque quiere, porque *nos quiere*. Por todo eso, le llamamos Fuente de amor.

- *El Padre nos acompaña, impulsándonos a vivir* (en Libertad arriesgada y en Alianza duradera). No se limita a hacernos, sino que nos hace de tal forma que nosotros nos hagamos: que podamos asumir la propia tarea de la vida y así nos realicemos, de manera personal. Eso significa que es fuente de Ley, como sabe el judaísmo: pero su Ley es gracia y su Vida es principio creador de vida. De esa forma nos hace ser en *Libertad de amor*, de manera que nosotros mismos tenemos que hacernos, como brotando de su seno materno. Por eso, la Palabra de este Padre-Madre se expresa como *Buena noticia de vida* para los humanos. No estamos condenados a existir y morir bajo una norma externa, para fracasar al fin, envueltos en pecado y muerte. No somos impotentes, simples niños en manos de un padre envidioso, siempre impositivo (que nos impide crecer), sino amigos y colaboradores de ese Padre-Madre, que se ha arriesgado a crearnos en libertad, de manera que nosotros mismos podamos hacernos creadores.

Dios se define, por tanto, como *impulso vital y principio de libertad para aquellos que le acogen*. No es señor que está cerrado en sí, cuidando su grandeza. No es un tirano que actúa y sanciona a capricho a quienes le están sometidos, ni un tipo de ley que se impone de modo inflexible en la vida del pueblo. En la raíz de su mensaje, Jesús ha presentado al Padre-Madre, Dios de amor, como fuente y creador de vida para todos los humanos, a partir de los pobres y perdidos de la tierra, en quienes se descubre su Amor silencioso y fuerte, respetuoso y creador. Por eso, la palabra *hay Dios* (existe y viene, actúa el Padre-Madre) debe traducirse de esta forma: *¡podéis vivir y realizaros como humanos-hijos*, en madurez y libertad filial, en esperanza de vida (cfr. Gal 4; Rom 8).

- *El Padre es principio de futuro* (promesa). No estamos condenados a mirar hacia el pasado, a retornar hacia el origen, para allí perdernos de nuevo en la inconsciencia, como si no hubiéramos

sido. Al contrario, lo que Dios hace en nosotros y lo que nosotros hacemos con él permanece y culmina por siempre, de forma que Dios vendrá a mostrarse en verdad como Padre al engendrarnos al fin, para la vida eterna. Por eso decimos que es promesa de existencia. De esa forma, el *Padre del principio* viene a presentarse como *Padre final*, fuente y fuerza de futuro. Jesús le ha presentado como Aquel que viene hacia nosotros, ofreciendo su Reino a los humanos, haciendo que ellos puedan venir y realizarse plenamente. Eso significa que nuestra vida no está hecha, no se encuentra todavía terminada. El valor primordial de nuestra existencia, aquella plenitud que buscamos, nos viene del futuro: de la acción plena del Padre-Madre y sólo puede desvelarse en la medida en que sigamos abiertos a su gracia. Eso significa que Dios no ha llegado a engendrarnos plenamente todavía. Lo hará cuando se exprese plenamente como Padre-Madre, realizando en nosotros aquello que ha empezado a realizar en Cristo, su Hijo.

Y de esta forma podemos terminar nuestro análisis. El tema sigue abierto, como dijimos al principio. Deberíamos estudiar, para completarlo, la conciencia filial de Jesús, la experiencia de su muerte en manos de un Dios que le acoge en medio del abandono, la confesión pascual, las teologías del Nuevo Testamento, especialmente la de Juan<sup>14</sup>. Pero con esto desbordaríamos los límites de nuestro trabajo. Acabamos así, sin conclusión ni

---

<sup>14</sup> He desarrollado aspectos básicos de la Paternidad de Dios en *Este es el Hombre. Cristología Bíblica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1987. Por eso, aquí me he limitado a esbozarlos. Para un estudio más amplio del tema, cfr. O. Cullmann, *Cristología del NT*, Sígueme, Salamanca 1997; J. D. G. Dunn, *Jesús y el Espíritu Santo*, Sec. Trinitario, Salamanca 1975; Id., *Christology in the Making. An Inquiry into the Origins of the Doctrine of the Incarnation*, SCM, London, 1980; F. Hahn, *Christologische Hoheitstitel. Ihre Geschichte im frühen Christentum*, FRLANT, 83, Göttingen 1962; M. Hengel, *Hijo de Dios*, Sígueme, Salamanca 1974; S. Kim, S., *The Origins of Paul's Gospel*, Eerdmans, Gran Rapids MI 1981; W. Marchel, *Abba, Père!*, AnBib 19a, Roma: Entre las obras de consulta, cfr. D. R. Bauer, *Son of God*: DJG pp. 769-775; C. Duquoc, «Hijo», en X. Pikaza y N. Silanes, *El Dios cristiano. Diccionario teológico*, Sec. Trinitario, Salamanca 1993, pp. 615-630; J. Fossum, *Son of God*: ABD 6, pp. 137-150.

aplicaciones, pues ello es tarea de cada uno de los lectores. Esperamos que lo dicho les pueda haber servido para situarse mejor ante el misterio de un Dios a quien podemos llamar Padre, sabiendo que es Madre y viceversa, en misterio de amor y resurrección, sobre un mundo que parece y está falto de cariño.